

# VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - MARZO

NÚM. 3

## ACUARIO EN VIRGO

Estos ríos intertropicales se desbor-  
dan con la luna llena. ¡Atención! Cas-  
cadas y ondas. Oceano tumultuoso,  
oceano pacífico. Mares del oro. Rubio,  
rubio, rubio. Mar rubio, mar rojo, mar  
bermejo. Eritreia! Ahó! Aúp! Opla!  
¿Qué ha sido? Nada. No ha pasado  
nada: nadar, nadar y nadar. Cataratas  
que batiremos a duelo hasta la orilla  
umbrosa de los sicomoros y los cocos  
al jugo. Déjame que me oreo un poco.  
Déjame que descanse en la frente. Fren-  
te a la frente. Al lido de la frente: lito-  
ral. *El primero en la frente.*

A la sombra de tu frente se han dor-  
mido los dos cuévanos. El agua mar-  
ina, ¡qué verde, qué transparente, cómo  
centellea! Echaré el ferro al socaire de  
las arcadas. Ya se han despertado los  
dos y están invitándome al viaje. Por-  
que por estos cuévanos acerados, buí-  
dos, enfoscados, latentes... No: por  
estos cuévanos mellizos, párvulos, opre-  
sos—¡queriditos míos!—azorados, pian-  
tes, huérfanos, por estos cuévanos, sí,  
se pasa al tobogán de la gratia plena y  
se llega suavemente—¡respingoncilla!—  
al salto de la trucha—¡cuidado!—; se  
bucea a tres delicias de profundidad so-  
bre el nivel de la muerte por liquidación  
de existencias—la tuya y la mía—y al  
trasponer el tormentoso, ¡otro nuevo  
diluvio universal!, no, otro nuevo pa-  
raíso: que, sobre las aguas someras,  
avanza la góndola de las dos proas, de  
las dos comisuras, de las dos serpien-  
tes de mar, que modulan, ondulan, pu-  
lulan, ululan, encantan—ah serpientes,  
serpientes!—se adhieren, silban, jadean,  
se contraen, desfallecen, oprimen, sor-  
ben, fustigan, injurian,—¡que me aho-  
go!—, saltean, desvalijan, susurran,  
arrullan,—frondas, dianas cazadoras,  
canarios flauta, arrecifes de coral—so-  
bre perlas, entre amagos, junto a leo-  
noretas, nieves submarinas, caramelos  
de los Alpes, sombras, luces. Déjame  
descansar. Y entre este Escila y este  
Caribdis de todas mis culpas, patinan  
los navíos más livianos, enjalbegados,  
de alcorza, palabras sin velas, sin más-  
tiles, sin remos, hasta los golfos ecua-  
toriales, hasta las dársenas interiores,  
hasta mis docks abarrotados de mer-  
cancías de Tupinamba y de Coquimbo.  
¡Ea! *El segundo en la boca.*

Dóblame el otro finis terrae, y empie-  
za el viaje a la aurora boreal de las is-  
las de la canela. Todos los aviadores al  
llegar a estas latitudes previenen el de-  
pósito de galleta, aperciben las escafan-  
dras. Tú, ni siquiera apagas las luces:  
¡Bravo! Yo, ni siquiera lego un par de  
sonetos a mis amigos y demás parien-  
tes: ¡heróico! Verás: cuentan los explo-  
radores que las focas de los parques se  
bañan en agua de rosas y que las tor-  
tuugas de mar pueden servir—en un caso  
desesperado—de paracaídas. Simpleza  
pura: pero no tiene vuelta. Este es  
un viaje que no tiene vuelta de hoja.  
Cuando uno traspone el mentón de tu



BENJAMÍN PALENCIA: Pastorcillo

riviera se abarca de una vez la imposi-  
ble perspectiva ártica de tus trópicos.  
Se adivinan las cóncavas marejadas  
de los bazares próximos a la pleamar,  
y es que tú—oh canguresa—abrigas so-  
lapadamente a tus dos niños, a mis dos  
yemas de Santa Clara—¿hay a bordo li-  
mones contra el escorbuto?—a los dos  
zigurats de la entrada de tu pueblo—  
¡no te rías!: que te mato—. Un monte  
blanco y un monte rosa, surcados de  
trenes de placer—no se admiten viaje-  
ros—, donde los glaciares, veteados por  
tu nobleza, afluyen milenariamente has-  
ta mis manos ateridas, los dos con su  
pizzicato, con su n-y-touchez-pas de ja-  
malajay. *El tercero en los pechos.*

¡Dos pirámides, concebidas sin má-  
cula—rígor—, sobre la pompa de un sa-  
hara leonado! Y, bajando entre ellas,  
fragantes o melomaníacas, las carava-  
nas más, los tropeles más, las orques-  
tas más (¡sedientas!, ¡vociferantes!,  
¡sinfónicas!). Yo sé muy bien que es-  
tos son los mares de más peligro. Cie-  
lo azul, pero se arma una tolvane-  
ra y «pulvis es» (la flor del heno). Oh  
dulces dunas, oh suaves olas. Pues

yo me ato al salvavidas y me za-  
bullo a mi sabor. No me cansaría nun-  
ca: de cabeza, ¡qué chapuzones, qué  
gorgoritos de agua!; y con la cola, ¡que  
tijeretazos! Una vez estuve a tres voces  
de una muerte trivial porque un inglés  
me confundió con un delfín y quería  
soltarme el arpón. (Luego nos dijo que  
era coleccionista). Bien, ¿qué te iba di-  
ciendo? Ah, sí: de pronto le cogen a  
uno los torbellinos y la espantosa sed,  
y se deriva como loco (y como ahora)  
arriba, abajo, sin dejar islilla en fruto ni  
recodo en flor que no se investigue.  
Las planicies están ambaradas, se ar-  
ma el petifoque, y—rissss...—da gloria  
patinar porque eso refresca mucho.  
Vuelta a la izquierda, y se abren sibe-  
rias heladas. Vuelta a la derecha, y sur-  
gen congos exuberantes. Oh, qué pla-  
cer. Déjame que apure hasta la venilla  
más sigilosa, déjame aquilatar hasta el  
plano menos fácil, porque siento una  
sed horrible que sólo se saciará en tu  
Siloé sagrado. ¡Ummm! ¡Ummm! ¡Oh  
mi Cafard! ¡Oh mi Cafarnaumm! Na-  
turalmente: *el cuarto en el ombligo.*

Y luego, ya sin pauta, con el cua-  
drante solar neurasténico, yo buzo en  
agualuna de los últimos salones Luis  
XV donde tú, opilada, languideces.  
Van los tropeles de exploradores hacia  
el polo sur, ya lentos, ya impetuosos.  
Rasgando sedalinas, orillando precipi-  
cios, chafando misterios, todos busca-  
mos al señor entre la niebla. Yo tam-  
bién. Busco, y ¿qué encuentro? Céspe-  
des tupidos, valles a la menta, selvas  
vírgenes, para mí, bosquimano. Todo  
para mí. Monte de Venus, Sinaí sublun-  
ar (sub-lunar), mi salvation army! Re-  
pliegues y anfractuosidades, Arabia fe-  
liz llena de gomas odoríferas, de goma  
arábiga—claro—. Montículos y vericue-  
tos, los dos más dulces Kilimandjaros  
que van a morir al occidente florido, a  
tu pozo, a tu tesoro occidental: a tu  
ojo, a tu tesoro, porque allí tu ojo don-  
de tu tesoro. Todas estas delicias a 65.  
¡Todas para mí! Protuberancias, pe-  
dículos, vegetaciones, labios, sinuosida-  
des, piélagos, mares del oro, ríos de la  
plata, islas de la especiería, archipiéla-  
gos del archipámpano, y, en el centro,  
tu Mister So-and-so, tu gatito de An-  
gora, tu conejito de las Indias, tu tipití  
—¡el tontaina!—, tu Don Tururú, tu Don  
Cucufatín todo encogidito por temor al  
relente. ¡Au, opla, pfu! ¡Au! Porque  
mira al guagua como menea la colí...  
la colí... ¡Hip, hip, hip!: ¡Hurra! Y *el  
quinto en el...*

\* \* \*

Pim, pam, pum. Tres tiros si no me  
engaño. (Pausa). No me engaño. Creo  
que había puesto mi razón por esta silla.  
En último caso, yo soy un naufrago en  
*virginis virgo*: que no se culpe a nadie  
de mi muerte.

DAMASO ALONSO